

La recensió com a element de reflexió crítica i d'avaluació

La recensió ha constituït tradicionalment en el nostre país un subgènere de la literatura científica a cavall entre la descripció succinta de continguts i la *laudatio*. La por a la crítica, el rigor i el treball afegit exigits pel fet d'escriure críticament sobre l'altre i, en definitiva, la dubtosa rendibilitat acadèmica de l'esforç expliquen el seu raquític desenvolupament com a àmbit de discussió científica.

Dos fets evidencien especialment la situació actual, contradictòria i canviable. En primer lloc, la desaparició d'*Arqrítica*, experiència insòlita i brillant, que ha desenvolupat durant un grapat d'anys la fórmula de "*review article*", comentari crític panoràmic sobre varis llibres units temàticament, i segon, la utilització de les recensions com a element d'avaluació de la recerca universitària i del CSIC per a la concessió dels trams d'investigació a la manera de la "*peer review*", l'avaluació feta per iguals. El primer sembla no permetre ser massa optimistes cara al futur, el segon, encara que no és en ell mateix cap garantia estimularà, sens dubte, la proliferació de les ressenyes. Tot plegat, i convençuts, com diu Agustín García Calvo, que parlar d'alguna cosa és parlar contra alguna cosa, el Consell de Redacció de la *Revista d'Arqueologia de Ponent* ha volgut oferir el seu granet de sorra i obrir les seves pàgines al debat.

Las “caras ocultas” de la crítica arqueológica

Gonzalo Ruiz Zapatero

Desde la perspectiva de finales de los años 1990 se pueden descubrir unas tendencias claras en la evolución de las reseñas en las revistas de arqueología. En una primera etapa, que podría extenderse desde las primeras décadas de nuestro siglo hasta los años 1970, las revistas importantes eran capaces de reseñar prácticamente todo lo relevante que se publicaba; aunque hacia el final de este período surgieron las primeras crónicas y listas de libros ante el creciente número de publicaciones y la dificultad tanto de encontrar recensionistas como espacio en las propias revistas (TAYLOR 1989). De alguna manera mi impresión al releer algunas de aquellas «viejas» reseñas es que se primaba la descripción del contenido de los libros sobre su valoración crítica. En una segunda etapa, las décadas de los 70 y 80, el fuerte crecimiento de la literatura arqueológica obligó a realizar una selección de las novedades, que intentaba ser más bien exhaustiva para no dejar fuera ninguna obra importante. Paralelamente se advierte una tendencia hacia un equilibrio entre el componente descriptivo y crítico de las reseñas. Finalmente, en los últimos seis u ocho años se reconocen dos hechos claros. Primero, la avalancha editorial ha hecho ya imposible hasta la selección más o menos exhaustiva, presionando hacia una selección más fuerte todavía, con criterios muy ligados a los intereses de cada revista, y abandonando toda pretensión de globalidad (CASE 1995). Segundo, en cierto modo como compensación a la renuncia anterior, se ha elevado el criticismo de las reseñas, con fórmulas nuevas —como el *review article*—, que intentan ganar en perspectiva crítica lo que se pierde en amplitud de novedades. En cierto modo es una apuesta por reseñar menos pero reseñar más críticamente.

El mundo de la crítica arqueológica tiene tres componentes básicos: las nuevas publicaciones, las revistas especializadas y los investigadores. El análisis de las situaciones que actualmente afectan a cada uno de ellos permite comprender mejor cuál es el panorama actual de la reseña, cuáles son las «caras ocultas» del proceso de recensión, y cuáles podrían ser los argumentos para defender —como pensamos algunos— el valor de la escritura crítica sobre el otro.

El escenario de las reseñas

Comencemos por el primer componente, las publicaciones. Su crecimiento es impresionante, se calcula que cada cuatro años se dobla la información y dentro de poco eso será cada tres años (SANDELANDS 1996: 53). En el caso de nuestra disciplina esto no tiene nada de

extraño si tenemos en cuenta que en la actualidad viven más arqueólogos que en todas las épocas anteriores juntos. Y aunque es cierto que existen nuevos procedimientos para buscar información, fundamentalmente las bases de datos informatizadas, el nuevo problema es cómo discriminar en los océanos de información, cómo separar la información relevante del “ruido parásito” (HEYWORTH y HOLROYD 1992). Todo ello dentro de una disciplina que, además de multiplicar sus publicaciones, está continuamente creando nuevas áreas de investigación y por tanto segmentando cada vez más la especialización. Sería interesante realizar alguna investigación sobre el papel de las monografías comparado con el de los artículos, al menos a nivel bibliométrico, para tener una idea exacta de la importancia de los libros en la disciplina. Se ha comprobado que esa importancia varía según las disciplinas (LINDHOLM-ROMANTSCHUK y WARNER 1996). En todo caso esa importancia es, sin duda, alta; por lo que su evaluación y discusión crítica resulta también importante.

La atomización de la publicación de monografías en España es otro rasgo a tener en cuenta. Cada vez son más las instituciones y organismos que publican libros de arqueología. Pero, mientras siguen siendo reducidas las series de universidades y museos (RUÍZ ZAPATERO y ALVAREZ 1989), otros ámbitos de la administración pública —como diputaciones y ayuntamientos— e instituciones financieras se han incorporado a este mercado. Al mismo tiempo apenas se puede señalar alguna colección de editorial comercial de entidad si exceptuamos la acreditada serie de Editorial Crítica. Esto significa que el número de libros ligados a una edición institucional no académica es cada vez mayor. En otras palabras, muchos libros ven la luz sin ningún tipo de evaluación crítica. Y además su edición es a título de subvención por lo que ni siquiera va a haber un seguimiento de ventas. Se publica así, en la mayor parte de las ocasiones, sin asesoramiento científico y sin obligación de rendir cuentas. Cierto que se podrá decir que, en ocasiones, en el mundo académico sucede lo primero; aunque sobre la segunda cuestión, la falta de beneficios, es obvio que se justifica por los intercambios de publicaciones y así el crecimiento de los fondos de las bibliotecas. Con todo, acepto que sin esos nuevos editores de ocasión buena parte de nuestra investigación no vería la luz, por lo que son bienvenidos. Aunque llegará el momento en que también soliciten ayudas a los arqueólogos para editar (JAMES 1995). Precisamente por todo lo anterior creo que, la reseña —además de otros valores como la orientación— puede ser una especie de sustituto de la *peer review* o evaluación de pares que realizan las revistas con los artículos (RUNNELS 1994: 358). Si a este problema nacional le añadimos el internacional de la abrumadora cantidad de publicaciones y la necesidad de entresacar lo valioso, deberemos convenir en la necesidad y valor, tal vez más que nunca, de la reseña.

En conclusión, la «explosión» de publicaciones justifica, en mi opinión, la importancia de las reseñas. Lo que sin duda exigen los tiempos actuales son unos planteamientos diferentes a los tradicionales. Sólo en la última década la producción

científica y sus canales de difusión han cambiado mucho y el marco de las reseñas también debe hacerlo. Así el propio concepto de reseña desborda ya el límite de los libros para extenderse a otras formas de divulgación de nuestro pasado como películas y videos, publicaciones en CD-ROM y CD-I o en Internet, exposiciones, yacimientos arqueológicos y monumentos acondicionados para su visita e itinerarios arqueológicos (CHAPA y RUIZ ZAPATERO 1997).

El segundo componente son las revistas especializadas. En las revistas españolas nunca ha existido gran interés por las reseñas (RUIZ ZAPATERO 1987) y en la actualidad son muy pocas las revistas que publican reseñas de forma equilibrada y sistemática. A este mal endémico de las revistas hay que añadir la incapacidad para aceptar el reto de la nueva situación. En pocas palabras, si la situación anterior era mala y no se ha hecho nada, la respuesta actual sólo puede ser desentenderse del tema. Aquí quiero destacar que buena parte del problema de las reseñas reside en la propia estructura de las revistas. Con la «explosión» de publicaciones y la imposibilidad de reseñar todo la única alternativa es una selección fuerte y racional de lo que se va a reseñar. Pero eso no puede hacerlo ya el director de revista que bastante tiene con gestionar los artículos y todo lo demás, es decir: correspondencia con autores, corrección de pruebas, difusión de ejemplares, etc. Para sostener la publicación de reseñas hoy es preciso contar con una sección propia en las revistas y además con un/os editor/es (CASE 1995). Lo que implica unos colaboradores y una infraestructura que, en nuestro caso, es difícil conseguir. Y además ¿Para qué intentar algo que realmente no se valora? Ante la perspectiva de publicar, como hacen algunas revistas, unas pocas reseñas sin mucho criterio, resulta lógico que se prefiera abandonarlas. Como señalaba más arriba la estructura organizativa de nuestras revistas necesita fórmulas de equipo y aprendizaje de los retos de la publicación académica para el próximo siglo (PAGE 1996). Además puede afirmarse que no existen editores de revistas comerciales de arqueología en nuestro país —si dejamos aparte *Revista de Arqueología*, dedicada a la divulgación, y el caso peculiar y valioso de *Cota Zero*— por lo que nuestro proceso de publicación es enteramente de instituciones públicas de investigación. Lo que equivale a decir que editamos con poca atención a cuestiones como precio, maximización de tiradas etc. (BARKER 1996).

Pero algo probablemente va a cambiar la situación actual. La evaluación de los tramos de investigación de profesores universitarios e investigadores del CSIC ha incluido recientemente como criterio de evaluación las reseñas recibidas por los libros y monografías. En principio parece razonable que las críticas recibidas de colegas —en una función como señalaba más arriba equiparable a la *peer review*— sean un buen criterio para establecer el valor de un libro. Pero como en otros temas educativos, la idea está tomada del mundo académico anglosajón, muy diferente al nuestro y la traída de modelos tan lejanos acaba por hacer que el modelo se pierda o como, también se ha dicho otras veces, los altos funcionarios ministeriales demuestran tener un buen conocimiento de la universidad

anglosajona pero no parecen haber pisado la española. En otras palabras, sospecho que, por este motivo, las reseñas van a empezar a ser más frecuentes. Y dadas las características de nuestras revistas corremos el peligro de entrar en la dinámica del «yo-te-reseño-tu-me-reseñas» y todos tan amigos. No es aceptable que las reseñas no sean encargadas por unos editores a los especialistas competentes en el tema que además tengan un mínimo de imparcialidad con el/los autor/es. Si A firma habitualmente artículos y libros con B, A no debería escribir una reseña sobre un libro de B. O la revista no debería aceptársela. En fin, que para asumir el modelo anglosajón —si es que convenimos en su bondad— tendríamos que tener una estructura académica y de publicaciones anglosajona. Y es obvio que no la tenemos. En buena lógica sólo las reseñas publicadas en revistas con una verdadera gestión editorial —la revista selecciona el libro y el resensionista— deberían tenerse en cuenta en un proceso de evaluación. Por otro lado, no deja de ser paradójico que la misma estructura evaluadora no considere explícitamente evaluables las reseñas, al no estar reconocidas en los baremos confeccionados al efecto. La reseña no se considera una publicación.

Volviendo la mirada a las revistas internacionales es interesante considerar las estrategias que están adoptando en estos últimos años. El abandono del intento de reseñar todo ha producido, por un lado un cierto descenso del número de reseñas y por otro, la aparición de nuevas alternativas. Entre éstas lo más destacable es el *review article*, extenso comentario crítico y con aportaciones personales sobre varios libros unidos temáticamente, que permite dos cosas: seleccionar fuertemente y aportar mayor visión crítica de un especialista.

En algunos casos, especialmente de revistas nuevas, la tendencia hacia este tipo de reseñas se consolida incluso con título propio de sección, como en el *Journal of European Archaeology* o el *Cambridge Archaeological Journal*. En otros casos se incorpora por vez primera, como en el *Journal of Anthropological Archaeology*, para ir más allá de las reseñas convencionales y utilizarlo como punto de partida para reflexiones más extensas de temas candentes de la arqueología contemporánea (O'SHEA 1994: v). Una salida diferente, para los libros «menores», otra forma de seleccionar, es la *Note books*, que pretende ofrecer una mínima información en comentarios breves de 300 palabras tal y como hace *American Antiquity*. Para este mismo tipo de libros *Antiquity* ha optado, desde 1989, por una especie de editoriales sobre novedades, con el título de *Among the New Books*, que resulta original y ofrece información crítica sobre un gran número de publicaciones (TAYLOR 1989). Finalmente siempre queda el recurso a la consabida lista de libros recibidos.

La publicación en soporte electrónico es ya una realidad cuyo crecimiento será sin duda grande a corto plazo (JASPERSE 1997). Ya hay revistas exclusivamente electrónicas, como *Internet Archaeology*, y una vez resueltos los problemas técnicos, queda por ver como se articularán editorialmente (costes, plazos composición, fórmulas de acceso, distribución efectiva, etc.). La superación del problema de espacio utilizable abre perspectivas que las revistas convencionales en papel

no pueden plantearse. Las reseñas y listados de novedades pueden beneficiarse enormemente de ello.

Por último, consideremos la situación de los investigadores. En este ámbito creo que hay dos consideraciones fundamentales. Por un lado, la fuerte presión para publicar —resumido en la obsesión «publica-o-perece» (CUNLIFFE 1986)— y la marea de continuas novedades deja poco tiempo para leer, incluso reseñas: los investigadores leen lo que conviene a su investigación y punto. Además al no ser valorada la reseña en las evaluaciones de investigación y, en todo caso al tener una consideración menor, se considera poco rentable reseñar libros. Una buena reseña de un libro, máxime si está escrito en otra lengua, supone muchas horas de atenta lectura tomando notas y una compleja redacción final para evaluarlo en pocas palabras. Más de un colega me ha comentado que el tiempo de preparar dos reseñas resulta más productivo dedicarlo a una nota o un artículo corto. Sobre esto lo único que se puede decir es que la solicitud de reseñar un libro es, de alguna manera, un honor y casi una obligación profesional (GELBURD y DENT 1991: 5; Runnels 1994: 357), como también lo es evaluar artículos de revistas, proyectos de investigación y tareas semejantes. El incumplimiento de redacción de una reseña supone un grave perjuicio para la revista pero sobre todo para los autores de los libros (BROADBANK 1994; RUNNELS 1994: 359). La segunda consideración es que reseñar libros no resulta deseable para muchos porque puede crear enemistades poco recomendables para la promoción académica. El miedo a expresar lo que realmente se piensa de un libro es, en el caso español, verdaderamente grave como tuve ocasión de comprobar directamente en la experiencia de co-director de la revista *Arqritica* durante cuatro años. Existe la conciencia de que toda crítica, por muy académica que sea, será siempre considerada como una crítica personal y por ello más vale no meterse en estas tareas peligrosas. Con todo en las páginas de *Arqritica* —aunque obviamente hubo de todo— aparecieron algunas extraordinarias reseñas, al menos dentro del panorama español. Lo sorprendente es que incluso los investigadores cómodamente instalados en puestos permanentes comparten el temor a la crítica. En algún caso hasta el director de una institución rehusó escribir una reseña porque no estaba bien emitir juicios de valor sobre los demás, se debía cuidar la imagen de la institución. Esta falta de capacidad de debate es, por otra parte, la misma que se encuentra en las lecturas de tesis doctorales o en congresos y reuniones.

Una apuesta por las reseñas

Para la defensa de la reseña de publicaciones arqueológicas pienso que, al menos, pueden esgrimirse tres argumentos de peso:

(a) su capacidad de fortalecer el debate intelectual. Aún admitiendo la necesidad de elevar su criticismo (GELBURD y DENT 1991) con una crítica, valiente y honesta, se ha llegado a decir que en los últimos años algunas de las cosas más interesantes y provocativas se encuentran en las reseñas de libros (O'SHEA

1994). Aunque las reseñas no son investigación primaria sino una especie de «literatura secundaria» sobre investigación original, el propio formato de la reseña permite un tono y un marco de discusión que no se encuentra en otras formas de escritura académica (RUNNELS 1994: 360). La reseña es, sin duda, un vehículo privilegiado para la discusión científica que precisa conocimientos, humildad y audacia a partes iguales. Su vitalidad en una disciplina está revelando, de alguna forma, la capacidad crítica de sus miembros y el grado de madurez de la misma. Las reseñas tienen además una influencia potencial grande en la comunidad científica, ya que la lectura de reseñas positivas conducirá a la lectura del libro y su amplia cita en trabajos posteriores. En otras palabras tienen un papel importante en el ciclo de credibilidad de una publicación. (Fig. 1). Finalmente, su potencial capacidad de educación crítica hace que las reseñas sean también muy útiles para el aprendizaje de los estudiantes (HAY 1995). Además de aprender a escribir sobre libros con las buenas reseñas se puede aprender a leer libros.

(b) su capacidad de comunicar información dentro y fuera de la disciplina. Las reseñas son indicadores relevantes de comunicación académica (LINDHOLM-ROMANTSCHUK y WARNER 1996: 391). Dentro de la arqueología es evidente que una manera de acceder a mucha y variada información en poco tiempo es a través de las reseñas. Su aparición en revistas de antropología, historia o generales de investigación del estilo de *Nature* o *Science* sirve para divulgar datos arqueológicos a otros especialistas. Constituyen así un gran instrumento para comunicar más allá de la disciplina, para el conocimiento transdisciplinar. Se ha señalado también que las reseñas pueden constituir un elemento de juicio para analizar las influencias en diferentes tradiciones arqueológicas (RUIZ ZAPATERO 1987: 318) y en la historia de la disciplina para estudiar como se recibieron las obras importantes en su momento de aparición (RUNNELS 1994: 360).

(c) su capacidad para contribuir a la aparición de revistas más completas y de mayor calidad. La propia existencia de una sección de reseñas de libros es un indicador fiable de la consistencia y profesionalidad de una revista. Constituyen un elemento esencial de cualquier revista que pretenda cubrir ampliamente la disciplina (RUNNELS 1994: 357). Los criterios de calidad de las publicaciones periódicas incluyen como elemento significativo la existencia de dicha sección (ALI, YOUNG y ALI 1996). La existencia de una sección de reseñas implica muchas cosas pero básicamente una madurez, una capacidad de infraestructura y una ambición de cubrir el ámbito de la propia revista. La carencia de secciones de reseñas en muchas revistas españolas se comprende bien dentro de la tendencia fuertemente localista de las revistas de arqueología españolas (RODRIGUEZ et al. 1996). De cara al exterior sería bueno que, entre otros requisitos, éste se cumpliera dignamente porque ayudaría a que nuestras revistas estuvieran en los grandes repertorios internacionales como *AHCI* (Arts-Humanities Citation Index) y *SCCI* (Social Sciences Citation Index); y de cara al interior sería razonable que si se confeccionan categorías de revistas, como va siendo la tónica, elementos como éste se tuvieran en cuenta a la hora de establecer

un *ranking*. En mi Facultad relleno todos los años un formulario anual de investigación que reconoce revistas de importancia 1 y 2, y cada cual asigna sus artículos según le parece, normalmente el 1 ya que evidentemente todas en las que uno escribe son estupendas. Un ejemplo más de lo absurdo de la burocracia pero que, seguro, alguien utilizará seriamente en estadísticas que serán igualmente absurdas.

La recensión es interiorización del pensamiento del otro, fecunda interacción con nuestras ideas, ósmosis permanente de líneas, tendencias y paradigmas de nuestra disciplina, mestizaje no reconocido de múltiples lecturas. Y sobre todo es diálogo gratificante, que a través de la escritura, nos une con innumerables autores, reescribiendo y re-creando sus argumentos, deteniendo la velocidad de nuestro mundo y recuperando, de alguna forma, la «ilusión de investigar» (OLMOS 1993). Sólo por ello su valor intelectual y aún afectivo es incuestionable y descubrirlo una tarea apasionante.

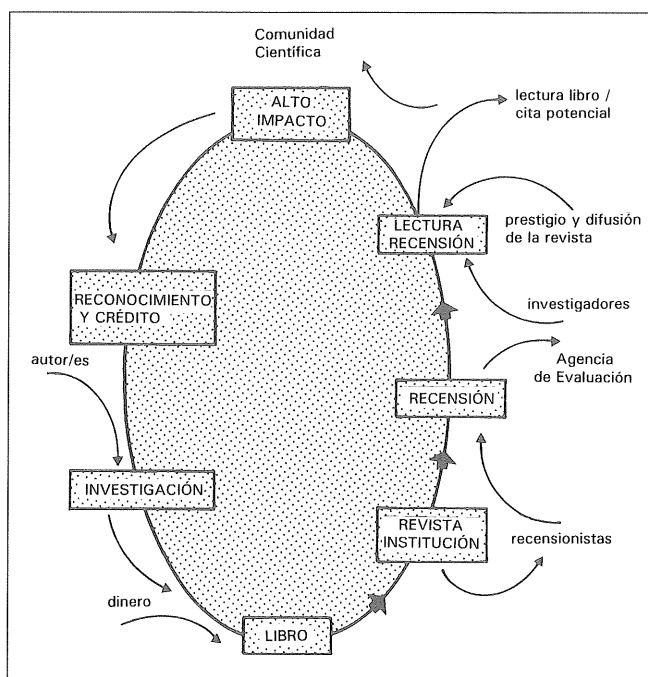


Fig. 1. El ciclo de credibilidad de un libro y la función de la recensión.

Bibliografía

ALI, YOUNG Y ALI 1996

S. N. Ali, H. C. Young y N. M. Ali, «Determining the quality of publications and research for tenure or promotion decisions. A preliminary checklist to assist», *Library Review*, 45 (1), 1996, 39-53.

BARKER 1996

J. Barker, «Academic Journals: Pricing Strategies, Alternative Media and the Maximisation of Value», *Serials*, 9 (1), 1996, 27-33.

BROADBANK 1994

C. Broadbank, «Among the New Books», *Antiquity*, 68, 1994, 862.

CASE 1995

D. O. Case, «Book Reviewing», *Journal of the American Society for Information Science*, 46 (5), 1995, 325-326.

CUNLIFFE 1986

B. Cunliffe, «Publish or be Dammed», *History-Archaeology Review*, 1, 1986, 31-35.

CHAPA Y RUIZ ZAPATERO 1997

T. Chapa y G. Ruiz Zapatero, «Editorial Recensiones», *Trabajos de Prehistoria*, 54 (1), 185-186.

GELBURD, DENT 1991

D. E. Gelburd y R. J. Dent, «Reviews and Book Notes: New Directions», *American Antiquity*, 56 (1), 1991, 5-6.

HAY 1995

I. Hay, «Writing a review», *Journal of Geography in Higher Education*, 19 (3), 1995, 357-363.

HEYWORTH, HOLROYD 1992

M. Heyworth y I. Holroyd, «The British Archaeological Bibliography», *Antiquity*, 66, 1992, 405-408.

JAMES 1995

H. James, «Publish and be damned», *Journal of European Archaeology*, 3 (2), 1995, 217-219.

JASPERSE 1997

J. A. Jasperse, «Recensión de R. P. Peek y G. B. Newby eds. *Scholarly Publishing: The Electronic Frontier*, Cambridge, MA, The MIT Press, 1996», *Journal of the American Society for Information Science*, January, 1997, 89-90.

LINDHOLM-ROMANTSCHUK Y WARNER 1996

Y. Lindholm-Romantschuk y J. Warner, «The role of monographs in scholarly communication: an empirical study of philosophy, sociology and economics», *The Journal of Documentation*, 52 (4), 1996, 389-404.

OLMOS 1993

R. Olmos, «La ilusión de investigar», *Arqritica*, 5, 1993, 22-23.

O'SHEA 1994

J. M. O'Shea, «Editorial. A Brief Explanation», *Journal of Anthropological Archaeology*, 13, 1994, v-vi.

PAGE 1996

G. Page, «Training Journal Publishers», *Serials*, 9 (1), 1996, 57-60.

RODRÍGUEZ, SÁNCHEZ, MARTÍNEZ, SAN MILLÁN 1996

A. L. Rodríguez Alcalde, J. M^a Sánchez Nistal, M^a I. Martínez Navarrete y M^a J. San Millán Bujanda, «Análisis bibliométrico de las revistas españolas de Prehistoria y Arqueología en los últimos diez años», *Trabajos de Prehistoria*, 53 (1), 1996, 37-58.

RUIZ ZAPATERO 1987

G. Ruiz Zapatero, «La recensión de publicaciones arqueológicas: S.O.S.», *Trabajos de Prehistoria*, 44, 1987, 313-321.

RUIZ ZAPATERO y ALVAREZ 1989
G. Ruiz Zapatero, «Arqueología y publicación», *Revista de Arqueología*, 96, 1989, 5-11.

RUNNELS 1994
C. Runnels, «The place of Book Reviews in the Professional Literature», *Journal of Field Archaeology*, 21, 1994, 357-360.

SANDELANDS 1996
E. Sandelands, «Which journal? The politics of where to publish», *Library Review*, 45 (1), 1996, 53-67.

TAYLOR 1989
T. Taylor, «Review», *Antiquity*, 63, 1989, 827.

Elogio de la lectura o la recensión imposible

Ricardo Olmos

Los editores de la *Revista d'Arqueologia de Ponent* me piden una reflexión sobre las recensiones en nuestro ámbito. Sugieren que comparta con Gonzalo Ruiz Zapatero el tema de discusión. He de confesar que lo hago con placer.

Mi aproximación pretende ser escritura abierta a rectificaciones y sugerencias. Creo que algunos de nosotros, en nuestra diminuta parcela de conocimientos, podríamos estar ejercitando una cultura del solipsismo. Nuestro pensamiento es claustro en que se cultiva, excesivamente, lo que decimos, no lo que escuchamos de otros, aquello que recibimos y transformamos. Un laberinto de muros separa e impermeabiliza los enunciados y las palabras. No asistimos al encuentro y metamorfosis con la multitud de los pensamientos y las cosas.

¿Por qué no la atrevida generosidad intelectual, la demolición de tapias, la fluidez que declaramos entre nuestros principios? Supongo que es preciso leer a los otros, leerlos más, frente al arraigado hábito del hojear, exigencia obligada —si es que no desinterés o menosprecio— de nuestras simples prisas.

La escritura resulta inseparable de la lectura y de la meditación. Una conocida pintura de Pompeya —el medallón con el busto de una mujer muy hermosa en gesto abstraído— refleja la actitud previa a toda escritura: su mano derecha sostiene delicadamente el *stylum*, cuya punta apoya en el labio con dejadez meditativa; su izquierda coge las cuatro tablillas aún cerradas que aguardan al pensamiento. Está absorta. Su mirada casi frontal, viva, no llega a cruzarse con nosotros, aunque tal vez imprecisamente nos busca.

La imagen resume la duda, la ensoñación que precede al gesto de escribir.

Las utopías

La recensión es puente que cruza alteridades. Lo que escribimos ha de estar acorde con la lectura. Es imposible escribir algo original sin la reflexión detenida y ensimismadora sobre los otros. Pues la escritura que llamamos científica permite compartir y apropiarse de las palabras de los demás (difícilmente habrá algo más social y colectivo que la ciencia, ese trasvase de ideas del que cada uno de nosotros podemos ser cauce). Leyendo a los demás, en la metamorfosis de lo que dicen, nuestro texto podrá ser original y rico. La crítica se convierte en compuerta de ese caudal transformado que pasa a través del irremplazable acto de la lectura. Sólo entonces se puede discrepar de manera natural y razonada, sin acrimonia. Si no ejercemos la crítica, abocaremos en la repetición. La multiplicidad se tornará pobreza y aislamiento. La recensión pretende ser apropiación generosa, reaprovechamiento de los caudales diversos, comunicación de ideas. Desde que el mundo antiguo descubrió la escritura, cuando —más allá del sistema consonántico fenicio— el alfabeto griego permitió a los hombres acceder a lo que se escribía en otros lugares y en otras lenguas, el diálogo viene revistiendo muchas veces la forma de la crítica. Puesto que mantenemos, ni más ni menos, el instrumento más democrático que nos legaron los griegos, nuestra lectura-escritura debe permitirnos una recensión iluminativa.

La recensión se convierte entonces en una forma de ampliar, de dilatar el yo, de aceptar la levedad de lo que escribimos y de lo que somos. Podrá ser —o será siempre— una escritura especular. Desde esta vertiente, recensionar es, ante todo, repensar el pensamiento de otros, reflejarlo. Y abrir luz en las palabras ajenas. Intentar comprender lo que se dice —y lo que no se dice— en el texto germinal. Sólo el lenguaje compartido y múltiple es diálogo científico, luz que se dilata. Pero la crítica de la recensión hemos de ejercitarla, no nos es dada sin hábito, sin tradición. ¿Es aquí nuestra herencia digna de emulación? Tal vez, hayamos de buscarla fuera.

Hay un ejercicio —que podríamos llamar genérico— de la recensión, aquella que atañe al ámbito del pensamiento de lo humano, a sus múltiples búsquedas, a la heterogeneidad de sus creaciones. Antes, pues, de estrechar el pensamiento tras las bardas de la historia o de la arqueología es conveniente situarnos en esa anchura, sin límites fijos, de la inquietud humana. Todos recordamos difundidas revistas de ámbito anglosajón especializadas en recensiones: *The London Review of Books*, *The Times Literary Supplement*, *The New York Review of Books*... Colegas nuestros ejercitan sus críticas en estas publicaciones de amplio público. La *readableness* o la legibilidad es su cualidad inimitable. Saben llegar al lector de a pie, despertándole o manteniéndole la inquietud ante lo que en pormenor desconoce. Pero también arraigan en el más especializado *connoisseur*. Combinan diversos auditorios en el común placer de la lectura. Estas revistas propician

ese cierto fondo de universal humano que levemente asocia actividades tan diversas como la biología, la astronomía, la física, la medicina, el arte, la filosofía, la historia o la literatura. La nueva *Revista de libros* española viene a desarrollar esta inquietud entre nosotros. Participar en esta forma de escritura no implica un menosprecio especializado, nuestro castillo científico.

En España apenas la voz del especialista se deja oír fuera de ese reducido círculo que constituyen nuestras limitadas revistas. Falta aún, seguramente, imaginación que, rota la malla, permita asomarnos a la sociedad de una manera amplia e incisiva. Otros estudiosos de otras especialidades lo hacen mejor y más a menudo. De ahí que a veces nuestra labor la asuman voces espúreas. Ello no quiere decir que no puedan otros hablar de nuestro ámbito, de lo que celosamente defendemos como temas “nuestros”. No, no existe pensamiento que sea propiedad o exclusividad de nadie. Pero no hagamos dejación del deber, por lo demás deleitoso, de la divulgación crítica: comunicar ampliamente, dilatarnos. Nos falta el lenguaje diáfano de esta singular escritura. Por cierto, la excusa de nuestra ausencia es fácil y poco original, consabida. Ponemos como escudo la cotidianidad incesante, el agobio de los días, el compromiso científico, supuestamente más serio que el divulgativo. Estamos perdiendo el gozo oculto que existe en la comunicación a los demás debida.

También en el ámbito más especializado carecemos de la tradición venerable de otros lugares. Quiero presentar un ejemplo extremo, en lengua alemana: las *Göttingische Gelehrte Anzeigen*, algo así como “Anuncios doctos de Gotinga”. Desde el año 1739 estos cuadernos mantienen una historia ininterrumpida de recensión científica en el terreno de la filología y de la historia (como el *Journal des Savants*, fundado en 1665, se dice que el más antiguo de su especie —“journal littéraire”— en Europa). En el programa editorial del noticiario alemán se recuerda aún el perfil que pretendió su fundador, Albrecht von Haller: el esfuerzo hacia una multifacética crítica de la historia que fuera incisiva, fuerte, útil y en estrecha relación científica con el extranjero. Otras revistas germanas como *Gymnasium* y, sobre todo, *Gnomon*, destacan por su riqueza y especialización en reseñas de la antigüedad. Multiplicaríamos, en nuestro ámbito, las citas en lengua francesa e inglesa. La fórmula está, pues, inventada. Tan sólo hay que ejercitarla.

Vemos que existe una pluralidad de modalidades en la recensión. Puede ésta cubrir objetivos múltiples a la vez que públicos diversos. Una forma de la recensión es su posibilidad de sustituir la obra, ofreciéndonos de ella algo parecido a su miniatura. Quienes ejercitamos de un modo u otro la protohistoria mediterránea conocemos bien este artificio de la miniatura. Junto con sus facetas simbólicas cumple un requerimiento práctico: transportar la escala de lo grande al asequible uso. Una urna ibérica puede resumir una casa, un edificio. Parejamente, la recensión útil exige brevedad. El arte de la concisión, de la concentración, de la elipsis, de los sobreentendidos que completa el lector inteligente configuran la escritura en recensiones de este tipo. La recensión es resumen que transporta la síntesis y el germen de las

ideas extensas de un libro. La recensión con texto *in nuce*: la almendra. Se podría creer que es ésta la recensión más trivial. Muy al contrario: el verdadero resumen no despoja al modelo o referente amplio de sus posibilidades generadoras y críticas. Debe distinguirse del más simple resumen de compromiso a que nos obliga la práctica del contradon, el educado ritual frente al regalo personal o institucional de un libro. Aún en estos casos hemos de cuidar las palabras, bien se trate del saludo de cortesía o del mero enunciado de un índice. Recensar es tanto un gesto de responsabilidad humana como científica, si es posible separar ambas facetas.

Vivimos un momento que equilibra la multiplicación de los textos con la concentración de la desmesurada lectura. No en vano estamos aún inmersos en la modernidad de las enciclopedias. Somos época de prólogos, de recensiones, de *comptes rendus*, de *surveys* y guías bibliográficas, de estados de la cuestión. Conforman un universo de condensación y de miniaturas.

Junto a las revistas especializadas en recensiones acudimos a las enciclopedias, que pretenden reunir la totalidad del saber en centenares o en miles de voces y artículos. Los que nos ocupamos de la antigüedad somos devotos del viejo Daremberg-Saglio, del monumental Pauli-Wissowa, de la más diáfana y accesible *Enciclopedia dell'arte Antica*, de los crecientes léxicos, como el LIMC, dedicado a la iconografía clásica. Estos monumentos del saber colectivo han conformado a lo largo de decenios nuestras búsquedas. Acabo de adquirir la *Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, de Eric. M. Meyers (1997). Palía la limitación de muchos ante la inmensa arqueología del próximo oriente. Los artículos que alimentan esta obra —verdaderas recensiones-estados de la cuestión— disimulan el apetito del imposible conocimiento. Cabe vislumbrar el sentimiento que embargó a Borges en su poema *Al adquirir una enciclopedia*, la vasta Brockhaus de “muchos y cargados volúmenes” (*Obras completas*, Emecé 1989, iii, 298). La enciclopedia puede ser un laberinto colectivo de senderos —recensiones— que se cruzan. Cada una de estas enciclopedias merecería un singular análisis sobre la ordenación del saber a través de la suma articulada de voces y reseñas.

En este entorno de la recensión no olvidemos las guías bibliográficas. *Mentor*, publicado en Lieja, reseña libros y artículos sobre religión de la antigua Grecia (1992). Lo frecuentamos a la vez filólogos y arqueólogos. Diez renglones por término medio, una veintena a lo sumo, evocan los trabajos sobre el tema. No se puede negar la utilidad de estas recensiones en miniatura, culto a la brevedad concentrada que se acompañan de “apreciaciones” críticas: una o dos líneas. Su función es abrir el horizonte, apuntar destellos. En volúmenes de este tipo el saber, descuartizado en los análisis de los infinitos textos, aspira a reunir la globalidad del pensamiento. Paradójicamente la recensión es en sí misma un fragmento que atisba la totalidad. No se trata, en ninguno de estos casos, de la mera exposición de un índice, eso que algunos llaman, de manera impropia y con harta injusticia, reseña. La informática y las redes de comunicación electrónica multiplicarán pronto las posibilidades de expandir estas bibliogra-

fías hacia insospechados límites. La creciente acumulación informativa exige cautela y refinar la crítica.

De la recensión que informa de forma concisa pasaríamos a las críticas amplias y expansivas que acaban convirtiéndose en verdaderos artículos. Trascienden lo puntual y abarcan un estado de la cuestión que bajo un mismo manto arropa a varios libros. A esta variante de recensión suelen llamarle los anglosajones *article review*.

Uno u otro tipo de reseñas, microcosmos de ingredientes diversos, debe ser ampliación e iluminación de aspectos escondidos. De ellas han de aflorar discursos latentes, laterales, implícitos en la obra que se critica: lo que el autor no se atrevió a formular o no alcanzó a decir. Convierte en explícito lo implícito, alumbra lo escondido.

Quiero recomendar aquí la lectura detenida de ilustres recensionistas. Walter Benjamin, Italo Calvino o Jorge Luis Borges fueron sobre todo hombres de recensiones y prólogos. Sus textos son breves, densos, numerosos. Tal es uno de los requerimientos de la recensión: su práctica, su cultivo diverso. Calvino, Benjamin y Borges deben la grandeza de la escritura al hendir con incesante luz lo que dijeron otros. De estos autores me agradan y enriquecen particularmente sus paradójicas recensiones, sus iluminativas críticas.

Las aporías

He apuntado algunas de las posibilidades, de modo tal vez genérico y deshilvanado aplicándolas a mi mundo más próximo, el de la antigüedad y el de mis lecturas. Su contraste, su realización nos lleva del utópico deseo a la difícil práctica cotidiana. He aquí, en breve, las principales aporías.

¿Se puede hacer una reflexión sobre la escritura sin una reflexión sobre la lectura? He mencionado cómo la creciente práctica del hojear con que nos sorprendemos tantos instantes del día, está sustituyendo a la práctica generosa y delicada de la lectura. El "legere oculis" de los antiguos, se apropiaba del mundo con los ojos y los labios captadores. Del gustar las variedades del pensamiento pasamos a un leer apresurado convertido en vulgar rapiña: coger, sin contexto, lo que nos interesa. Cultivamos el instante y la epidermis. Tales hábitos de lectura nos empobrecen. Si leemos para rellenar las apresuradas notas de pie de página de nuestro artículo, ¿qué nos queda en lo hondo para la discusión del libro?

La generosidad de la lectura habría de acompañarse de la generosidad de la crítica. Pero interponemos el miedo y el falso respeto de las "lealtades profesionales". La vinculación de nuestra reflexión con el poder académico —siempre el pequeño poder, que es el peor— nos impide con harta frecuencia la crítica. La crítica no debe entenderse como ataque —así lo percibe la convención del poder— sino como reflexión: así se entiende desde la delicadeza del pensamiento. Muchas recensiones son adulaciones encubiertas. Nos prefigura en exceso lo que debemos decir y cómo lo debemos decir. Nuestro subconsciente rectifica continuamente la escritura. Lo ha señalado con certeza Ignacio Sotelo, en un reciente artículo de opinión (*El*

País, 1 de febrero de 1997): en la vida intelectual española "la pertenencia a una sedicente comunidad científica lleva consigo la eliminación sistemática de lo que, en principio, debiera constituir la, el ejercicio de la crítica: no se tolera un comentario que no sea elogioso sobre un miembro cualquiera de la comunidad académica". Ante este sombrío panorama que detecta desde Berlín el catedrático de ciencias políticas, ¿tiene cabida la recensión reflexiva? En determinados ámbitos científicos recensión y *laudatio* pueden convertirse en términos semántica y peligrosamente similares. Su interiorizada confusión lleva a arrinconar el valor de toda recensión: su ejercicio crítico.

En *El secreto de España* (Madrid, 1995), un penetrante análisis de la historia política e intelectual de la España moderna, Juan Marichal apunta algunas de las limitaciones de nuestra investigación —o enclaustramiento— que no obstante ahora se muestra, decidida y crecientemente, abierta a Europa. Citaré dos aspectos, que se solapan: de un lado —dice Marichal— no solemos ocuparnos de otros temas que no sean los de nuestro país, de nuestra historia; de otro, en ocasiones nos cuesta aún mirar desde fuera, con la perspectiva del alejamiento, nuestros propios problemas. Parece natural que otros, los extranjeros, escriban de nosotros. Pero apenas ejercitamos temas históricos que no nos conciernen de forma directa e inmediata. La generalización es perfectamente aplicable al ámbito de la arqueología. Al localismo de cierta investigación en España se añade el provincialismo, no menos pobre, que nos lleva a ocuparnos, con viejo celo, sobre nuestra exclusiva historia. Identificamos peligrosamente nuestro territorio con la cultura.

Las recensiones adolecen también con frecuencia de esa estrechez de miras. El ejercicio de la recensión requiere reflexionar, sí, sobre nuestro propio ámbito. Pero será más rico si lo hemos ejercitado paralelamente sobre ámbitos laterales, diversos y alejados incluso de la proximidad más cotidiana y estricta. En fin, nos conviene la mirada externa. La visión del otro exige nuestra percepción recíproca, la crítica: no sólo la queja. Hemos de intervenir más en revistas extranjeras. Si muchos de los que blanqueamos canas difícilmente escribiremos ya un inglés fluido, los más jóvenes deberán ejercitar un espontáneo inglés científico que permita un acceso inmediato a los grandes medios de difusión internacionales. No cabe otro remedio. Hemos de escribir para los demás, lo que requiere la práctica de la escritura en más de una lengua. Muchos carecemos del instrumento ágil que posibilite el contacto fluido con quienes no entiendan nuestros idiomas. La recensión imposible requiere un ejercicio de diálogo amplio con la natural ruptura de espacios y de lenguas. Hay aquí una dificultad añadida y un peligro: asimilar un estilo común preconcebido, adaptarnos a unos usos compartidos que disuelvan la multiplicidad de matices de cada individuo. El ejercicio es arduo y para alguno de nosotros desesperadamente imposible. Ha de guiarnos la utopía.

Una última frase con que retomar el inicio: reseñar bien requiere la amplitud de la lectura y el uso individual de los diversos juegos sociales del lenguaje. A quienes quieran ejercitar el múltiple y enriquecedor oficio de la recensión y de la crítica no me cansaré

de recomendar la familiaridad con Jorge Luis Borges, con Italo Calvino o con Walter Benjamin.

Bibliografía

CALVINO

Calvino, I., *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1995, (2ª ed.).

LIMC = *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, 8 vols. dobles, Zürich, Artemis Verlag, 1981-1997.

MARICHAL

Marichal, J., *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995.

Mentor. *Guide bibliographique de la religion grecque* (Kernos, Supl. 2), Lieja 1992 (coords. A. Motte, V. Pirenne-Delforge y P. Wathelet).

La recensión como debate

Leonardo García Sanjuán

I. Nuevas visitas a un (viejo) enfermo crónico

Hace ahora diez años, Gonzalo Ruiz Zapatero (1987) publicó un trabajo en el que realizaba una llamada de atención sobre el declive de la frecuencia de recensiones en publicaciones periódicas españolas vinculadas a la arqueología, además de algunas reflexiones sobre el propio concepto de recensión y sus diversas categorías. Me atrevería a afirmar que en la década recorrida desde entonces, el enfermo ha experimentado ciertas mejorías puntuales que le han permitido salir transitoriamente de la UVI, lo cual no quiere decir, me temo, que haya llegado el día de mandarlo a casa con su familia, completamente recuperado.

Quizás el síntoma más evidente de la mejoría que el paciente ha experimentado dentro del primer lustro de los años noventa ha sido el bien conocido, audaz y brillante, experimento de *Arqcritica*. Quizás precisamente, y por desgracia, evidencia de la transitoriedad de la mejoría ha sido la propia falta de continuidad del proyecto, que, como sus propios impulsores expusieron, tuvo pronto problemas de abastecimiento de *materia prima* (LOZANO *et al.*, 1992:20). Por otra parte, si bien es cierto que una revista como *Trabajos de Prehistoria*, que a mediados de los 1980 mostraba una cierta tendencia a la disminución del número de recensiones publicadas (RUIZ ZAPATERO, 1987:317), ha conseguido desde entonces recuperar y mantener un

tono medio relativamente estable, publicando una media aproximada de una docena de recensiones por volumen, no es menos cierto que otras de las publicaciones periódicas *históricas* de la disciplina han continuado ignorando abiertamente la posibilidad de insertar en sus páginas secciones de recensión, réplica, comentario o debate. Así, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* (Universidad Autónoma de Madrid) no ha publicado una recensión desde 1976; la revista *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* (Universidad de Valencia), no ha publicado una recensión desde 1979; *Cuadernos de Prehistoria* (Universidad de Granada) nunca ha publicado una recensión en su historia; en *Habis*, revista de Arqueología Clásica, Historia Antigua y Filología Clásica de la Universidad de Sevilla, que comenzó a publicar recensiones en 1977, se han publicado desde entonces un total de 7 recensiones de libros de arqueología clásica frente a 167 de filología clásica.

La actitud adoptada por las publicaciones nacidas más recientemente sugiere de nuevo que el estado del paciente está caracterizado por los altibajos y recaídas. Por tomar dos ejemplos al azar, si por una parte la *Revista d'Arqueologia de Ponent* (Universidad de Lérida, nacida en 1991) ha mantenido activa desde el comienzo de su andadura una sección de debate y otra de recensiones (donde no sólo se recensionan publicaciones, sino también diversos eventos disciplinares), una publicación como *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* (Universidad de Sevilla, nacida en 1992), que no dispone de secciones de discusión o debate, apenas ha publicado tres recensiones en sus tres primeros números.

¿Cómo podría explicarse la irregularidad que observamos en el grado de atención y tratamiento que las recensiones reciben dentro del ámbito de la Arqueología española en su Historia más reciente? Creo que para responder a esta pregunta habría que empezar por admitir la existencia de una estrecha asociación entre el paradigma epistemológico predominante dentro de un *ámbito disciplinar* (y por una expresión tan deliberadamente laxa como *ámbito disciplinar* quiero decir casi cualquier cosa, es decir, una universidad o un departamento universitario, un conjunto de investigadores de la misma generación o escuela intelectual, o que simplemente comparten similares adscripciones en términos de su nacionalidad, cultura, etc.) y el estatuto concedido a la recensión (por una parte) así como la naturaleza que la misma adquiere (por otra). Como quiera que creo que existe asimismo una estrecha asociación entre el concepto de recensión y el de *debate intelectual*, pienso que es posible establecer que, en el fondo, el estatuto que la recensión recibe dentro de un ámbito disciplinar dado es no ya sólo indicador del paradigma epistemológico predominante en el mismo, sino también del estatuto que desde el mismo se concede al propio debate intelectual.

En mi opinión, el problema del irregular (y generalmente insatisfactorio) tratamiento que la recensión, y por extensión las secciones de debate, recibe dentro del ámbito disciplinar arqueológico español deriva de la pervivencia dentro de la arqueología española (al menos en el sector académico de la

misma) de una corriente epistemológica (a las que me atreveré a referirme como *tradicional*) que concede al asunto de la discusión de las teorías, hipótesis, métodos e interpretaciones científicas un valor y un estatuto bastante bajos.

Desde el punto de vista de este sustrato epistemológico *tradicional* (y la lectora o lector puede integrar aquí dentro todos los *ismos* ya bien conocidos que desee), el debate, si acaso, puede desenvolverse en un nivel puramente arqueográfico, es decir, es aceptado en tanto no comporte ni la confrontación de interpretaciones en torno al comportamiento social humano a partir del registro arqueológico, ni la confrontación de los principios teóricos y metodológicos de la investigación. Desde el momento en que este umbral se cruza, el debate pasa a ser considerado un peligroso ejercicio de injerencia e intrusión en el libre desarrollo de la investigación. ¿Por qué? Sencillamente porque, dadas las condiciones atóricas en que se desenvuelve la investigación desde este paradigma, ocurre que, por un lado, las interpretaciones no constituyen el resultado de sucesivas contrastaciones de hipótesis (o implicaciones contrastadoras específicas) deductivamente derivadas, sino simplemente elecciones o decisiones personales del investigador (o investigadora) a la luz de argumentos (estrechamente) inductivos, mientras que, por otro lado, ocurre que, no existiendo conciencia explícita de las razones últimas que han llevado a la elección de unos principios metodológicos para la investigación en detrimento de otros (es tan solo la *tradicción*, o la *historiografía*, la que determina el sentido de esta elección) la argumentación coherente de la bondad y conveniencia del diseño dado a una investigación concreta deviene imposible.

Puesto que este sustrato epistemológico tradicional, dadas las características de falta de movilidad y lentitud de renovación del sistema académico español, tiene un considerable peso cuantitativo en la actualidad, no es extraño que reiteradamente escuchemos y leamos quejas de quienes, tratando de impulsar y estimular el debate y la libre confrontación de ideas relativas a la investigación arqueológica, encuentran demasiadas actitudes renuentes y escaso ánimo crítico: el enfermo recae.

Visto así, me permitiré exponer dos razones fundamentales por las que creo que en el futuro deberíamos considerar el reforzamiento del papel que las recensiones (por lo que suponen de síntesis de información, crítica e intercambio público de comentarios) juegan en la investigación arqueológica, primero como herramienta de orden práctico con la que mejor manejar y aprovechar la situación de sobreabundancia documental en que nos desenvolvemos actualmente, y segundo como mecanismo para estimular el papel del debate *intradisciplinar* con una finalidad epistemológica de importancia crítica.

II. En la era de la opulencia documental

Parece claro que uno de los rasgos que caracterizan de forma más nítida a la investigación científica en el momento presente en comparación con otros

períodos históricos es el de la abundancia de información. En lo que se refiere al soporte digital, el incremento de la accesibilidad entre redes de ordenadores ha venido a posibilitar (i) una mejora notable en los niveles de comunicación entre comunidades de investigadores (ii) una simplificación extraordinaria de los sistemas de localización, acceso, transferencia y obtención de información, *a escala planetaria*, impensable hace apenas dos décadas, y, como consecuencia, (iii) una internacionalización de los procesos de investigación. Pero con independencia de las virtudes del novísimo fenómeno respecto a la investigación (todavía no puedo encontrarle inconvenientes), en lo que atañe específicamente a la *cantidad* de información, se ha producido un espectacular incremento de los volúmenes de datos de dominio público disponibles en la *red de redes* (fondos de bibliotecas y museos, bancos de datos de instituciones burocráticas y científicas, etc.), que con toda seguridad empalidecerá con lo que falta por venir. Este incremento de los volúmenes de información disponibles ha ido por fortuna acompañado, de la extensión y progresiva mejora de *motores de búsqueda* que simplifican de forma significativa la localización de la información: en el medio informático, la abrumadora naturaleza de la sobreabundancia de información queda en parte compensada por la existencia de mecanismos muy rápidos y eficaces de búsqueda.

Desafortunadamente, esto no es exactamente igual en relación con el soporte papel. En general puede decirse que en cualquier disciplina imaginable de la ciencia social hoy día se produce anualmente una cantidad tan enorme de libros y publicaciones periódicas, que hace una visión comprensiva de los mismos prácticamente imposible (ANKERSMIT, 1989:137). Ello no es menos cierto en el caso de la arqueología: se ha afirmado que actualmente se producen no menos de 3.000 libros al año sólo en lengua inglesa (RUNNELS, 1994: 358), y, aunque carezco de datos concretos sobre el ritmo de aparición de libros y publicaciones periódicas en la arqueología española, creo que el salto cuantitativo que se ha dado en los últimos años, sobre todo con la aparición de varias revistas nuevas, es considerable (y mayor sería probablemente el salto si ampliáramos la perspectiva a las publicaciones *en lengua española*).

En esta era de abundancia bibliográfica, donde el control y supervisión individual de las novedades editoriales se hace cada vez más difícil en unas condiciones mínimas de efectividad y rapidez, sin duda la existencia de mecanismos que faciliten al lector o lectora (o simplemente llamémosle *buscador* o *buscadora de información*) la selección y discriminación del material más relevante para su trabajo, es de gran importancia. En este sentido, las recensiones contribuyen a perfilar y definir los objetivos específicos en las búsquedas de información, permitiendo establecer unos niveles de prioridad esenciales de manera que la (por cierto inocente) obsesión por ganar la batalla contra la *avalancha* bibliográfica no acabe convirtiéndose en el fin último y verdadero de la investigación, llegando a bloquear y paralizar la posibilidad de que el razonamiento, actuando ingenua y libremente, produzca resultados *no previstos en el programa* (GARCÍA CALVO, 1988:56).

Dicho de otro modo, quizás admitiendo la imposibilidad de controlar y/o leer de forma sistemática todo lo publicado dentro de un campo de investigación específico, y asumiendo que mecanismos de síntesis tales como las reseñas constituyen herramientas adecuadas para establecer y dirigir las prioridades de captación de información, se contribuya a evitar la trampa mortal que supondría ahogar factores cruciales para la investigación tales como la creatividad, la insolencia o la audacia intelectuales, en la inmensidad del océano bibliográfico por el que navegamos.

III. Reseñas, debate, búsqueda

Me he referido a la utilidad potencial de la reseña como mecanismo de *selección* de información en unas condiciones de creciente sobreabundancia de publicaciones. Hay, sin embargo, una segunda razón, algo más profunda, que en mi opinión justifica la importancia de la reseña como impulsora y garante del debate crítico en nuestra disciplina.

Como subconjunto específico de la ciencia social, la investigación arqueológica tiene como objeto la producción de enunciados *ciertos* o *verdaderos* sobre la vida social humana a partir del análisis de los vestigios y residuos materiales del comportamiento social humano pasado —cabría en realidad preguntarse si puede existir una ciencia social que no sea del pasado (Kosso, 1992:23), aunque este problema nos llevaría a otra discusión quizás demasiado alejada del propósito de este breve ensayo. Existe una armonía fundamental entre *verdad* y *libertad* (PAREKH, 1982:193), por lo cual la *verdad* constituye la noción teórica más elevada y necesaria de la ciencia social (LECOURT, 1975). La aceptación de la posibilidad y accesibilidad de la *verdad* o *certidumbre* como premisa de arranque de la actividad científica no supone que tal concepto tenga un valor absoluto o dogmático (PAREKH, 1982:196; SCHAFF, 1988:111). En síntesis, dada la naturaleza del *objeto formal* de estudio (la sociedad) es imposible evaluar las teorías de una forma *absoluta* ya que, por una parte, el más verdadero conocimiento de un sistema social procede precisamente del estudio de aquel que ha dejado de existir (no existiendo en cualquier caso un auténtico conocimiento de la naturaleza interna de un sistema social sin una aproximación a su pasado), e incluso cuando un orden social lleva largo tiempo extinto el flujo de evidencias e informaciones es continuo, con lo cual las certidumbres pueden transformarse sustancialmente. La naturaleza no absoluta de la noción de verdad se deriva, por otra parte, de la manera en que ese objeto formal es descrito y explicado, ya que, en primer lugar, una teoría puede ser cierta, pero no la manera en que está expresada; en segundo lugar, una teoría está hecha de verdades, medias verdades, cuasi-verdades, verdades deformadas, etc. que están integralmente conectadas y que no pueden siempre ser juzgadas aisladamente; en tercer lugar, una teoría puede ofrecer una explicación verdadera de la expresión externa de un sistema social pero no de su estructura interna; finalmente, en cuarto lugar, una teoría puede ofrecer una explicación correcta de un problema material en un marco temporal determinado y no en otro (PAREKH, 1982:197).

Desde esta perspectiva, y siempre en un nivel epistemológico, la producción de un conocimiento cierto o verdadero del comportamiento social humano del pasado a través de sus residuos materiales es un proceso de acumulación y corrección constante de verdades o certidumbres *parciales*, y es en este punto donde se revela la importancia de la constante *discusión* dentro de la investigación arqueológica. La crítica y el debate constituyen dos de los más eficaces métodos de identificación de contradicciones, incoherencias y puntos débiles, sean empíricos o teóricos, en las teorías e hipótesis, y deben ser los propios (o las propias) responsables de éstas quienes acepten con mayor entusiasmo cualquier contribución que permita un mejor robustecimiento y protección de un programa de investigaciones y por tanto una mejor aproximación a la verdadera o cierta interpretación del problema que se pretende explicar.

A menudo, el error que provoca la aversión (o, por mejor llamarlo por su nombre, miedo) a opinar sobre programas de investigación o teorías rivales y a abrir los propios a la crítica deriva de la asunción, a la manera popperiana, de que cualquier adversidad fenomenológica o contradicción teórica puede invalidar toda una hipótesis, provocando su abandono. Pero no es necesario ser tan fundamentalista; epistemologías mucho más realistas y moderadas, como la propuesta por I. Lakatos, hacen del intercambio de críticas y de la capacidad de asimilación tanto de las adversidades empíricas como de las incoherencias teóricas un pilar esencial en el proceso de maduración de una teoría científica, es decir, en el proceso de aproximación de una teoría a la verdad o a la certidumbre, o si se quiere a la *irrefutabilidad* (LAKATOS, 1993:30). Es la proliferación espontánea de hipótesis y teorías alternativas, dentro de un conflicto que acaba eliminando unas u otras en función de su capacidad para integrar categorías y volúmenes empíricos, lo que permite la paulatina depuración de aquellas más robustas, más ciertas, más verdaderas.

VI. En resumen

En resumen, creo que, si ignorando por una parte el papel de las reseñas como mecanismo de filtrado y selección de información en una era de sobreabundancia documental simplemente nos privamos de un mecanismo de simplificación de nuestro trabajo, negando por otra el potencial de estímulo para el debate que la reseña en sí alberga, negamos una de las esencias fundamentales de la investigación científica. A este segundo respecto, probablemente el ejercicio de elaboración de reseñas de publicaciones sea de hecho de los más recomendables en el proceso de formación y entrenamiento de estudiantes e investigadores jóvenes, ya que comporta un profundo esfuerzo de examen y explicitación de las propias premisas y su comparación con las ajenas, así como el desarrollo de la capacidad crítica (y autocrítica, por supuesto), sin la cual verdaderamente no hay posibilidad de construcción de conocimiento científico ni de su utilización en la ardua tarea de la transformación de la realidad. A partir del momento en que nuestro *sustrato epistemológico disciplinar* asuma las ventajas

prácticas y teóricas de la abierta discusión de las interpretaciones que realizamos sobre el comportamiento social humano pasado así como de los principios teóricos y metodológicos que empleamos en esta labor, nuestro viejo enfermo crónico recuperará definitivamente la salud.

Me gustaría terminar esta breve disquisición citando la frase introductoria de una de mis reseñas preferidas, escrita precisamente por uno de los arqueólogos que mayor capacidad crítica y disposición para el debate ha mostrado en la Historia reciente de la disciplina: «*This is a little book with a little message being blown through a large horn with a loud noise*» (BINFORD, 1989:69). Naturalmente, no todas las reseñas necesitan ser tan contundentes con respecto a la obra recensionada. La frase en sí me resulta particularmente atractiva, sin embargo, por exhalar sin ambigüedades ni perifrasis esa actitud tan imprescindible para la investigación en ciencia social: la actitud crítica.

Bibliografía

ANKERSMIT 1989

Ankersmit, F. R.: «Historiography and Postmodernism». *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*. Vol. 28. Núm 1. Middletown. Wesleyan University Press.

BINFORD 1989

Binford, L.: «Review of Hodder, *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology*». En BINFORD, L.: *Debating Archaeology*. San Diego. Academic Press.

GARCÍA CALVO 1988

García Calvo, A.: «Autoridades». En REYES, R. (ed.): *Terminología Científico-Social. Aproximación Crítica*. Barcelona. Anthropos

KOSSO 1992

Kosso, P.: «Observation of the Past». *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*. Vol. 31. Núm. 1. Middletown. Wesleyan University.

LAKATOS 1993

Lakatos, I.: *La Metodología de los Programas de Investigación Científica*. Madrid. Alianza

LECOURT 1975

Lecourt, D.: *Marxism and Epistemology*. London. New Left Books

LOZANO et al. 1992

Lozano, I. Mateo-Sagasta, A. Ruiz-Gálvez, M. Ruiz, G.: «Autoarqcrítica». *Arqcrítica. Crítica de Arqueología Española*. Núm 4. Madrid. Librería Tipo

PAREKH 1982

Parekh, B.: *Marx's Theory of Ideology*. London. Croom Helm.

RUIZ ZAPATERO 1985

Ruiz Zapatero, G.: «La reseña de publicaciones arqueológicas: S.O.S.». *Trabajos de Prehistoria* Vol 44. Madrid. CSIC.

RUNNELS 1994

Runnels, C.: «The place of book reviews in the professional literature». *Journal of Field Archaeology*. Vol. 21. Boston. Boston University.

SCHAFF 1988

Schaff, A.: *Historia y Verdad*. Barcelona. Crítica.

Evaluación del impacto de las reseñas en Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología

Dr. Josep M. Fullola Pericot

Palabras clave: Investigación. Prehistoria. Historia Antigua. Arqueología. Índices de impacto.

Reseñar y ser reseñado han sido dos actividades que la ciencia arqueológica española ha cultivado poco y mal a lo largo de su historia. Por un lado, los personalismos y los gremialismos han llevado a malentender críticas constructivas; por otro, el arma arrojada que es una crítica malévola se ha usado con profusión. Este conjunto de acciones ha desembocado en un descrédito de esta actividad científica del que apenas hemos podido empezar a salir gracias a iniciativas como la tan breve como brillante tribuna que fue *Arqcrítica*.

La reseña usual, clásica, era la poco crítica, la que apenas daba cuenta de los capítulos de la obra reseñada, y casi nada de cosecha propia aportaba a la visión que el lector obtenía. Iniciativas loables en el campo de las reseñas son las revistas especializadas en esta actividad, como el *Índice Histórico Español*, que ha intentado a lo largo de 45 años seguir una línea de información a sus suscriptores de casi todo lo que se publicaba en el país sobre temas hispánicos. Muy posiblemente la ingente cantidad y la gran concisión

de los textos que se acumulaban y acumulan en sus páginas le han restado posibilidades críticas y de impacto científico.

Pero si dejamos de lado la casi siempre sana apertura de tipo anglosajón que representó *Arqrútica*, el tema de las reseñas ha tomado nueva importancia a partir de la evaluación de la investigación que desde hace ocho años empezó a implantarse en España para la mayoría de los miembros de la comunidad universitaria y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Tras unos comienzos poco diáfanos, que favorecieron en alguna ocasión el sectarismo, la Comisión Nacional para la Evaluación de la Actividad Investigadora (CNEAI) fue perfilando mejor los criterios evaluadores. Se llegó, para el año 1995, a la necesaria publicidad de los miembros de las comisiones y de dichos criterios; entre estos últimos se incluía ya la cuestión del impacto y de las reseñas entre sus postulados básicos (orden de 02.12.1994, BOE del 03.12.1994, artículo 7.4).

Nuestro campo de la prehistoria, la arqueología y la historia antigua está sumido en el poco estructurado mundo de las "letras" (por oposición al de las "ciencias"), si lo vemos desde dos puntos de vista: el de la evaluación de los índices de impacto, y el de la consideración de las revistas nacionales e internacionales que tienen un mayor valor a la hora de establecer esos índices.

Pese a que existen repertorios de citaciones en ciencias humanas y sociales como el *Arts and Humanities Search* y el *Social Scisearch*, nuestro mundo, el de la prehistoria, la arqueología y la historia antigua, aparecía en España pálidamente reflejado en dichas bases de datos (GARCÍA, SALES & ROMÁN 1996). El panorama del impacto de las revistas nacionales era desolador y debía acometerse un estudio en profundidad para ordenar dichas publicaciones a partir de su incidencia científica, medida en citas y reseñas, según el modelo de "ciencias".

Para evaluar las publicaciones de artículos la propia CNEAI ya se proponía *atender al medio de difusión empleado, aceptándose como indicio de calidad la publicación en revistas de reconocido prestigio. La comisión nacional elaborará un listado con aquellas revistas que cumplan este requisito, basándose en la calidad de los artículos publicados. En todo caso, las revistas reconocidas deberán contar con un comité editorial formado por especialistas de reconocido prestigio en su materia y con un riguroso proceso de evaluación de manuscritos* (resolución de 26.10.1995 de la DGICYT-CNEAI, BOE del 16.11.1995, p. 33054).

De la intención se pasó a la acción. La mayoría de nosotros recibimos entre 1995 y 1996 una encuesta hecha por el CINDOC del CSIC en la que se nos pedía información sobre el conocimiento que teníamos de un gran número de publicaciones nacionales. Sobre esta base y las que recogía el BOE citado en el párrafo anterior (comité de reconocido prestigio y riguroso proceso de evaluación de manuscritos) deberá llegarse a una clasificación de nuestras revistas, que la comunidad científica nacional deberá tener en cuenta a la hora de publicar sus trabajos. Pasar una evaluación de los "referees" o modificar, atendiendo a sus indicaciones, los artículos que presentamos en tal o

cual revista dejará de ser un acontecimiento exótico y todos deberemos pasar por él sin menoscabo de nuestro prestigio y de nuestro orgullo científicos; es casi vergonzante que aún haya que recordar, en nuestro ámbito, que así se hace en todas las publicaciones de alto nivel científico.

Cuando se llegue a este momento entraremos en una dinámica de la que muchos han abominado, la del modelo de "ciencias" aplicado a las "letras". La aplicación ciega de estos postulados puede llevar a distorsiones en la evaluación de la calidad de nuestra investigación, y de ello han de ser conscientes los rectores de las comisiones evaluadoras; hay que pensar en factores correctores o propios de nuestros campos científicos.

Sirva para ello el ejemplo que voy a exponer. El que esto suscribe ha intentado repetidamente, como miembro del comité asesor 10 de Historia y Arte de la CNEAI, que en las convocatorias anuales para la evaluación de los investigadores españoles apareciesen considerados los congresos como lugares de publicación adecuados en nuestro campo de "letras"; para "ciencias" los congresos ni se contemplan. Huyendo, lógicamente, de reuniones localistas (en el sentido más amplio del concepto) se ha propuesto que los congresos / symposia / reuniones de nivel nacional e internacional, en los que aportaciones valiosas científicamente deban ser expuestas y discutidas en público y deban después pasar un filtro de calidad para su publicación, sean tenidos en cuenta al mismo nivel que las "revistas de impacto". Esperemos que los nuevos responsables de la CNEAI acepten dicha idea y así lo reflejen en la convocatoria de evaluación para el año 1998.

De todo lo expuesto hasta aquí debemos colegir que las reseñas en nuestro campo de la prehistoria, la arqueología y la historia antigua deberían tener una consideración mucho mayor por dos motivos: por la nueva trascendencia que adquieren en el proceso de evaluación y por la información que deben proporcionar al lector tanto del contenido del trabajo reseñado como de las opiniones del autor de la reseña. En este último caso ya nos vamos acostumbrando a la idea anglosajona de que, a veces, una reseña o varias se convierten prácticamente en un artículo, con sus citas bibliográficas, con un análisis profundo, por parte de autor, de la orientación científica de las obras reseñadas, etc.; era una idea iniciada en *Arqrútica* y que debiera tener continuidad entre nosotros.

El número de reseñas que ofrece una revista especializada de nuestro campo podría pensarse que ha de ser directamente proporcional a su importancia; por no citar nombres de publicaciones nacionales, terminemos haciendo alusión al último número de *L'Anthropologie*, en el que casi cincuenta páginas aparecen dedicadas a las reseñas; valorémoslo y tomemos nota, por la cuenta que nos trae, de cara al futuro más inmediato.

Bibliografía

- GARCÍA et al. 1996
A. García Marín, P. Sales Heredia y A. Román Román, "Evaluación de publicaciones periódicas en el ámbito

de las ciencias sociales y humanas. Estudio de los indicadores de calidad: el juicio de los pares y la difusión internacional”, *Sistemas de Información: balance de 12 años de jornadas y perspectivas de futuro; V Jornadas españolas de documentación automatizada* (CÁCERES, 1996), ed. CINDOC-CSIC, Madrid, pp. 995-1018.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Prehistoria
28040 Madrid

Ricardo Olmos

Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Estudios Históricos
Duque de Medinaceli, 6
28014 Madrid

Leonardo García Sanjuán

University of Southampton
Department of Archaeology
Visiting Research Fellow

Josep M. Fullola Pericot

Departament de Prehistòria,
Història Antiga i Arqueologia
Facultat de Geografia i Història
Universitat de Barcelona
Carrer Baldiri Reixac s/n
08028, Barcelona